



El Juicio

QUE TRAE ESPERANZA

El juicio, entonces, no es el momento en que Dios pierde la paciencia, sino el momento en que demuestra que siempre tuvo razón al amar, perdonar y esperar.

La palabra juicio provoca rechazo inmediato. Para muchos suena a castigo, a exposición pública, a una balanza inclinada en contra. No es extraño: vivimos rodeados de sistemas judiciales que fallan, donde inocentes pagan y culpables escapan. En ese contexto, pensar en un juicio final parece más motivo de temor que de esperanza.

Pero la visión bíblica del juicio va en otra dirección. No nace de un Dios inseguro que necesita controlar, sino de un Dios que se niega a permitir que el mal tenga la última palabra. El juicio no existe porque Dios disfrute condenando, sino porque el amor auténtico no puede ser indiferente ante la injusticia.

D Todos, sin excepción, llevamos una carga moral. No solo por lo que hicimos, sino por lo que dejamos de hacer. Culpa, errores, decisiones que no repetiríamos.

La Biblia no maquilla esa realidad. Pero tampoco deja al ser humano solo frente a ella. El centro del mensaje cristiano no es que seremos evaluados, sino **quién está de nuestro lado cuando eso ocurra.**



03 Por eso, en el cristianismo, el juicio no es una lotería moral ni un sistema de puntos.

No es un examen de rendimiento espiritual. Es la confirmación pública de una relación. No se trata de demostrar que fuimos perfectos, sino de evidenciar en quién confiamos cuando no lo fuimos.

02

Aquí está la paradoja que incomoda y consuela al mismo tiempo: el mismo Dios que juzga es quien se hace responsable de salvar.



En lugar de minimizar la culpa, la toma en serio. Tan en serio, que decide cargarla Él mismo. El juicio no ignora el pecado, pero tampoco define a la persona por su peor momento.

Este enfoque cambia radicalmente la forma de ver la vida. Si habrá justicia final, entonces el mal no triunfa aunque hoy parezca hacerlo.

Las víctimas no quedan olvidadas. El abuso, la corrupción y la mentira no son el cierre de la historia. El juicio asegura que lo roto será reparado y que la verdad saldrá a la luz, no para humillar, sino para sanar.

También nos libera de una carga pesada: la de jugar a ser jueces absolutos.

Cuando sabemos que Dios pondrá todo en orden, dejamos de vivir consumidos por la venganza o el cinismo. Podemos elegir vivir con integridad, no por miedo, sino por coherencia con un futuro donde la justicia no será negociable.

En esta visión, el juicio deja de ser una amenaza colgando sobre la cabeza y se convierte en una promesa: el bien no fue en vano, el dolor no fue invisible, la fe no fue ingenua. El universo no termina en caos, sino en restauración.

